

Marxismo y keynesianismo: apuntes para una discusión con Hugo Fazio

Nicolás Miranda. Armas de la crítica

La crisis económica mundial, que podemos caracterizar como una crisis de sobreacumulación del capital iniciada a comienzos de la década de 1970, atravesó diferentes ciclos, predominando los de crisis, salvo un período de boom especialmente en Estados Unidos en los primeros años de la década de 1990 en la que se llegó a hablar, apresuradamente, de “nueva economía”... ¡una “nueva economía que no llegó a durar 10 años!

La predominancia de los ciclos de crisis se manifestó en: la crisis de Chile a principios de los '80, la de la deuda externa en América Latina, la mexicana de 1994, la del Sudeste asiático en 1997, la de Rusia en 1998, la de Brasil en 1999, la de Turquía y Argentina en 2000, las sucesivas crisis de las Bolsas, la actual recesión que se anuncia en EEUU y las manifestaciones exteriores de una crisis profunda con los escándalos financieros, etc.

Esta crisis ha logrado, dificultosamente hasta el momento, ser atenuada, refrenada. Pero no resuelta.

Pero fundamentalmente, es el sustrato de una serie de fenómenos sociales, políticos e intelectuales. Entre ellos, la reemergencia, aún tortuosa, con avances y retrocesos, del movimiento obrero, ante la embestida de la burguesía por dismantelar una serie de conquistas y derechos que buscaban empezar por liquidar el “salario social” (la seguridad social, etc) y continuar por introducir o aumentar la llamada flexibilización laboral, iniciándose con la huelga del movimiento obrero francés en 1995, y que se continúa hasta hoy, con, por ejemplo, la reciente huelga de los trabajadores italianos ante el intento de destruir sus conquistas con una imponente manifestación callejera de más de 300.000 trabajadores, o la huelga de los trabajadores portuarios de la Costa Oeste de Estados Unidos. También, la emergencia del llamado movimiento anticapitalista, iniciándose en Seattle en 1999. En América Latina, la irrupción del campesinado con sus luchas (Bolivia Paraguay, Ecuador, Brasil, etc). Otro fenómenos de fundamental importancia que se desarrolló, que está en curso de desarrollo, son las crisis de las democracias burguesas y los regímenes fundamentalmente de las naciones semicoloniales, permitiendo esto, en algunos casos, el desarrollo de Jornadas Revolucionarias (como en Ecuador, en Indonesia y más recientemente en Argentina).

También se está desarrollando un fenómeno, aún tibio, dentro de la intelectualidad. Con la crisis económica capitalista, está reemergiendo el debate económico, la figuración de una serie de intelectuales y organismos críticos del llamado neoliberalismo.

La fortísima embestida del capital monopólico más concentrado, y del imperialismo sobre nuestras naciones semicoloniales, iniciada a principios de 1980 con el reaganismo tatcherismo, el llamado

neoliberalismo, adaptado para Latinoamérica con el Consenso de Washington, tuvo resultados devastadores para el movimiento obrero y de masas, y para sus organizaciones, sociales, sindicales y políticas. También en el terreno teórico, del debate intelectual. La burguesía imperialista, personificación del capital, se sentía triunfadora, y lo propagandizó en algunas infelices consignas: “fin de la historia”, “fin de las ideologías”. Muchos intelectuales izquierdistas se sumaron por el lado de la desazón, o sea, el abandono de la lucha- aún en el terreno teórico-, y hablaron también del “fin de los grandes relatos”, “fin del sujeto”, etc. El posmodernismo, que sedujo a muchos ex izquierdistas, y que recientemente renegaron de renegar y escriben sobre los espectros de Marx (Derrida, por ejemplo).

El marxismo también sucumbió a esta embestida, la capacidad teórica del marxismo se desplomó, se vió arrinconada a reducidas trincheras, o decidió conciliar con la teoría burguesa.

Entre estos últimos se encuentran los economistas marxistas que han incorporado, al menos, elementos del keynesianismo en sus concepciones teóricas. Entre estos se encuentra el prestigioso economista Hugo Fazio, que aunque en ninguno de sus trabajos afirma ser marxista, sí utiliza algunas de sus categorías, pero, fundamentalmente, es miembro del PC, que se sigue declarando marxista, y para el que escribe asiduos artículos en su periódico El Siglo.

Hugo Fazio ha contribuido en forma muy importante al estudio de la recomposición y reconfiguración de la clase dominante en el terreno económico, al análisis de las últimas crisis del sistema capitalista, tanto a nivel mundial como en nuestro país, al seguimiento de las distintas políticas de la burguesía de nuestro país, socia menor de las burguesías imperialistas, para asegurar sus ganancias contra las condiciones de vida y de trabajo de los trabajadores.

Entre sus numerosos trabajos se encuentran: El Programa abandonado (1996), Mapa actual de la extrema riqueza en Chile (1997), El ‘tigre’ chileno y la crisis de los ‘dragones’ asiáticos (1998), La crisis pone en jaque al neoliberalismo (1999), La transnacionalización de la economía chilena- Mapa de la extrema riqueza al año 2000 (2000). Además, es director del CENDA (Centro de Estudios Nacionales de Desarrollo Alternativo) con información económica actualizada diariamente, y miembro del Comité de Redacción de la Revista Encuentro XXI. Su consulta es de importancia para todas las organizaciones de la izquierda chilena, y sus análisis y diagnósticos son de considerar ante las políticas ofensivas de la burguesía, sus políticos y sus propagandistas de los medios de comunicación de masas.

Sin embargo, estos análisis tienen un fundamento en políticas keynesianas. Naturalmente, cada uno bebe de la fuente que quiere. Nosotros nos permitimos discutir, o al menos caracterizar el significado del keynesianismo, tanto por ser un referente de la izquierda que aún se sigue llamando marxista, y de la militancia y el activismo de izquierda en general, como porque el keynesianismo está volviendo por sus fueros ante la crisis del capitalismo.

1- La revolución de Octubre, la crisis de 1929 y la burguesía reformista

La revolución triunfante en Rusia abrió el período de las revoluciones proletarias de la época imperialista, amenazando el dominio burgués. La ola revolucionaria que se desplegó se extendió hasta 1927 (en China, hasta 1923 en Europa Occidental), cerrándose precariamente. La embestida revolucionaria del proletariado mundial hizo temblar a la burguesía. Los temores de la burguesía se agudizaron al articularse con la crisis económica de 1929, pues “fue un acontecimiento de extraordinaria magnitud que supuso poco menos que el colapso de la economía capitalista mundial”. La propia burguesía llegó a dudar de los propios fundamentos prevalecientes hasta entonces de su dominio, “la Gran Depresión desterró el liberalismo económico durante medio siglo”.

La burguesía aún ideológicamente librecambista, debido en gran medida a la hegemonía británica en el sistema capitalista mundial, a pesar del desarrollo imperialista del capitalismo- quitando bases materiales al librecambismo, debía encontrar un nuevo fundamento ideológico y reorientar su política económica.

Aquí se cruzó con un problema y un desafío novedosos. “Un hecho subrayaba el trauma derivado de la Gran Depresión: el único país que había rechazado el capitalismo, la Unión Soviética, parecía ser inmune a sus consecuencias (...) A raíz de los planes quinquenales de Rusia, los términos ‘plan’ y ‘planificación’ estaban en boca de todos los políticos”. Esto reflejaba que la política del proletariado revolucionario, comenzaba a pesar e influir en el capitalismo mundial.

De todos modos, naturalmente, no se trataba de que la burguesía se decidiera a abandonar su dominio, sino que comenzaba a explorar las vías para asegurarlo contra la creciente importancia del marxismo en acción del naciente Estado Obrero soviético y la III Internacional.

En lo inmediato, el camino que recorrió fue el de la dictadura fascista y la guerra, que fue conjuntamente una conflagración interimperialista por el dominio del mercado mundial, y una guerra contra el proletariado mundial.

Mientras tanto, otra fracción de la burguesía, la reformista, elaboraría las bases teóricas que permitieran desarrollar sus políticas. Recién en 1936 Keynes concluiría su principal trabajo, “Teoría general del empleo, el interés y el dinero”.

Una vez reconfigurado el imperialismo mundial emergiendo Estados Unidos como la potencia hegemónica, y con las revoluciones de la posguerra derrotadas y el proletariado domesticado (mediante la socialdemocracia y el stalinismo), la burguesía imperialista pudo desplegar sus planes reformistas que les permitieran prevenir un nuevo cuestionamiento revolucionario a su dominio y asegurar un largo, pacífico y estable dominio. Este despliegue de sus planes se materializó en el New Deal de Estados Unidos, iniciándose el período de los llamados estados de bienestar, que aseguraron importantes

derechos laborales y sociales a extendidas capas privilegiadas del proletariado de los países imperialistas.

Esta posibilidad de un capitalismo reformado sólo fue posible por un período corto de tiempo (unos 20 años), y fundamentalmente para las potencias imperialistas. “La política del New Deal, que trata de salvar a la democracia imperialista por medio de regalos a los trabajadores y a la aristocracia rural sólo es accesible en su gran amplitud a las naciones verdaderamente ricas (...) El gobierno norteamericano ha tratado de obtener una parte de los gastos de esa política de los bolsillos de los monopolistas, exhortándolos a aumentar los salarios, a disminuir la jornada de trabajo, a aumentar la potencialidad de compra de la población y a extender la producción (...)”. Algunas naciones semicoloniales prósperas también desarrollaron modelos similares, aunque precisamente por no tratarse de “naciones verdaderamente ricas” fue de alcances más limitados y de características más inestables- aunque determinantes en la reformulación de la conciencia política de nuestros movimientos obreros.

El principal freno al desarrollo, estabilidad y perdurabilidad de esta política burguesa, fue que, al decir de Trotsky en el mismo artículo citado, “el capitalista francés, como el norteamericano, no produce por producir, sino para obtener beneficios”. Este concepto es central, y conviene que lo retengamos.

De todas maneras, podemos afirmar aquí que el keynesianismo fue la expresión teórica, la ideología, de la burguesía reformista que una vez resueltos sus problemas internos con la hegemonía estadounidense, y la derrota transitoria de las revoluciones y la domesticación de la clase obrera a través de sus principales organizaciones, pudo materializar para avanzar en resolver la crisis estructural que se había manifestado en 1929 y que se suspendió o resolvió transitoriamente por la guerra mundial. “Keynes se ha hecho intérprete de la exigencia de la reforma capitalista del Estado, con el objeto de atenuar, de romper, si es posible, la dramática tensión que pesa sobre el futuro”.

Pero no hay que confundirse, esta suspensión o resolución transitoria, no significó que el librecambismo siguiera funcionando hasta el New Deal. La burguesía fue introduciendo modificaciones parciales, como el abandono del patrón oro y la extensión del proteccionismo. Pero también, en cuanto mecanismos económicos, el modelo económico del fascismo recurrió a los mecanismos de esta política burguesa reformista, siendo fronterizos- lo que conviene tener en cuenta para no caer en el espejismo de que podría tratarse de medidas que pueden tomar los sectores democráticos o progresistas de la burguesía. “(...) ninguna barrera infranqueable separa la economía del Welfare state y el fascismo. Por una parte, la economía fascista contiene elementos del Welfare state; también bajo Hitler, los desempleados que habían vuelto al trabajo vieron cómo se elevaba su nivel de vida. Por otra, la economía del Welfare state se transforma tendencialmente en economía de rearme, introduciendo a veces una serie de fenómenos típicos de la economía fascista, incluso en los países capitalistas más ricos: restricciones del consumo civil y de la producción de bienes de consumo; ahorro forzoso;

financiamiento del rearme con los haberes de las cajas de seguridad social, etc. La política económica de los estados burgueses evoluciona hacia una combinación de elementos del Welfare state (más o menos reales o demagógicos, según la riqueza relativa del país capitalista) y de elementos ‘fascistas’ (defensa de la ganancia por el descenso del nivel de vida de las masas). Dada la garantía estatal de la ganancia y la creciente fusión de los monopolios con el Estado, los pedidos de Estado y las inversiones públicas desempeñan un papel fundamental en el mantenimiento de una actividad económica normal. Pero, al mismo tiempo, este papel económico creciente del Estado, significa la compresión violenta de las contradicciones sociales e internacionales, acentuando así el camino capitalista hacia las explosiones de las guerras y las revoluciones”.

Lo patético, es que esta débil frontera entre una y otra política económica se ve desdibujada ante la pérdida de independencia teórica y política del proletariado, que se ve así empujado a optar entre opciones capitalistas. Aún siendo que el reformismo burgués expresa no sólo la necesidad de adecuar el funcionamiento de la ley del valor que dirige la economía capitalista ante el despliegue de sus propias contradicciones internas, sino también el poder objetivo de la clase obrera. Argumentando contra la teoría librecambista, Keynes diría: “La idea del partido de vieja hechura (el librecambismo), según la cual es posible alterar el valor de la moneda y por tanto dejar a las fuerzas de la oferta y la demanda la tarea de determinar los consecuentes ajustes, pertenece a 50 o 100 años atrás, cuando los sindicatos no eran poderosos (...)”.

Podemos ahora indicar algunos de los aspectos de la teoría económica de Keynes y su combate- velado- contra el marxismo.

2- Keynesianismo y marxismo

“ Cuando se llega a la lucha de clases como tal, mi patriotismo local y personal (...) está ligado a mi propio medio. Puedo estar influido por lo que a mí me parece Justicia y sentido común; pero la guerra de clases me encontrará del lado de la burguesía educada” (Keynes, “Essay in Persuasion”)

Hemos intentado indicar de entrada el carácter burgués del keynesianismo, del ala reformista de la burguesía, para despejar rápidamente la cuestión de lo correcto o incorrecto, desde el punto de vista de la lucha independiente del proletariado revolucionario incluso en el terreno teórico, de los intentos de conciliar la teoría marxista con alguna teoría burguesa.

Intentaremos mostrar ahora, con una breve descripción de su pensamiento y algún ejemplo específico, si es necesario que los marxistas tomemos aspectos de la teoría burguesa en forma aunque sea instrumental. Esto se refiere a una importante cuestión teórica. Podemos adelantar nuestra opinión: no es necesario, en primer lugar, porque encubre los límites y las contradicciones internas de la teoría burguesa, y en segundo lugar, porque degrada la teoría marxista en el sentido de que las semillas de verdad que pueda contener la teoría burguesa, sólo pueden ser rescatadas mediante la crítica más radical, aboliéndola como tal y superándola.

En esa situación en que se encontraba el capitalismo, que en el apartado anterior reseñamos, los capitalistas y sus intelectuales

comenzaron una crítica, teórica y práctica, de sus fundamentaciones. Keynes descargó sus baterías sobre la teoría neoclásica. Esta teoría era esencialmente subjetivista, reclusa en la microeconomía, mientras que la teoría clásica intentaba una síntesis entre la macro y la microeconomía, basada en la producción, identificando el valor con el costo de producción o resolviéndolo alrededor de esta categoría. Por el contrario, para los neoclásicos el valor no era una función del costo de producción, sino una función independiente de la demanda sobre el costo de producción. En este sentido es que es subjetivista, debido a que el valor se determinaba según la necesidad no satisfecha (la utilidad marginal). La ley de la oferta y la demanda era el fundamento en el que basaban el funcionamiento de la economía. Su búsqueda entonces era la del punto de equilibrio. El problema estaba en que era así incapaz de explicar la crisis cíclicas que azotaban el capitalismo. Contra esto, comenzó a elevar la voz una serie de economistas burgueses. Keynes se inscribe en esta línea.

Frente a esta situación, en la que la teoría burguesa dominante, la neoclásica, era incapaz de explicar, comprender y responder a la sucesión de crisis capitalistas, Keynes “estaba convencido de que la economía capitalista podía ser regulada para que funcionara mejor sin perder su carácter capitalista (...) Keynes no impugnó el aserto según el cual la optimización del propio interés económico conduce al máximo de bienestar social; pero sí encontró que la gente rara vez conoce sus verdaderos intereses. El principio individualista no era suficiente para reconocer el propio interés individual verdadero (...) Para saber cuándo resulta apropiada una u otra política se requiere el punto de vista social (...) (esto) forzó a Keynes a dirigirse de la microeconomía a la macroeconomía de los clásicos. Esto implicó un regreso parcial a la teoría del valor- trabajo; porque las nociones aplicables a la determinación firme e individual de los precios no son aptas para una teoría que discute agregados sociales tales como ingreso total, consumo, inversión, empleo y su interdependencia económica”.

La regulación era el eje de su teoría económica. Bajo la ideología de la Justicia Social, lo que buscaba era responder a esa situación de constante crisis, su preocupación era cómo alcanzar el equilibrio de forma tal que se asegurara la estabilidad del capitalismo. Para Keynes, el equilibrio podía alcanzarse en condiciones inferiores al pleno empleo, o sea, no había ninguna fuerza interna propia de la situación de equilibrio que condujera al pleno empleo. Por esto, es que sólo podía alcanzarse externamente, mediante la selección de variables que la autoridad central pueda controlar o dirigir deliberadamente, principalmente dos: la propensión al consumo y el incentivo a invertir. Y esto porque el modelo de Keynes se reduce al sector de los bienes de consumo y al de los bienes de capital. Cuando la demanda total (de bienes de consumo y de capital) es igual al ingreso total se supone que el sistema está en equilibrio. Una disminución de la demanda total reduce el ingreso total y produce desempleo. Frente a esto, la demanda total debe ser aumentada. “El consumo, para Keynes, es el fin obvio y el objeto de toda actividad económica”.

Pero, sin embargo, un aumento del consumo, podría significar una

reducción de la rentabilidad del capital, por lo que este optaría por no invertir, lo que llamó “preferencia por la liquidez”, desequilibrando este esquema. Esa perspectiva, para Keynes, podía ser remediada mediante la planeación, mediante, por ejemplo, planes de obras públicas.

De conjunto, se puede decir que, con eje en el consumo, la clave para Keynes era la creación de capital, retornando por esta vía a la teoría clásica. Y así, enlazando en este punto con Marx. Pero las divergencias eran sustanciales: “Hay una conexión necesaria entre Marx y Keynes. Marx anticipó la crítica de Keynes a la teoría neoclásica por medio de su propia crítica a la teoría clásica; y ambos reconocieron el dilema capitalista en caso de una tasa decreciente de la formación de capital. Pero mientras que Keynes diagnosticó que la causa era la falta de incentivo para invertir, Marx analizó el dilema hasta su raíz final, hasta el carácter de la producción como producción de capital”.

Vamos a poner un ejemplo de esto, que por otra parte tiene mucha actualidad. El dinero circulante en la Bolsa o en los bancos, es apenas una fracción de la plusvalía total extraída a los trabajadores por los capitalistas en la producción. Y es en la Bolsa, o en los bancos mediante los préstamos, que las distintas fracciones de la burguesía luchan por repartírsela. La baja tendencial de la tasa de ganancia, las necesidades de la producción- como el aumento de la composición orgánica del capital, y otros factores, obligan a recurrir cada vez más a estos métodos entre los capitalistas para redistribuir la masa total de plusvalía, aumentando en forma exponencial el carácter especulativo, al que se presta este mecanismo, de la acumulación de capital. Sobre esta base, Keynes separó entre finanzas e industrias. Pero, más allá de que esta distinción existe en la realidad, los marxistas debemos entenderla como una distinción en que los intereses de unos están fundamentalmente ligados, asociados entre sí, más aún, que las ganancias financieras o especulativas, tienen su piedra de tope en la extracción de plusvalía en la producción. Así, frente a esto, Keynes optó por incentivar la producción, contra los rentistas, pero mediante manipulaciones monetarias y de la tasa de interés (aunque más tarde se dio cuenta de los límites de esto). Por el contrario, los marxistas no desligamos las manipulaciones monetarias posibles de la tasa de ganancia del capital: “(...) sólo un descenso de la tasa de interés que venga acompañado de un alza de la tasa de ganancia a expensas de los asalariados (del poder de compra de los salarios) representa un estímulo real para la producción capitalista”.

Entonces, un punto teórico de diferencia esencial entre marxismo y keynesianismo es que el primero no se aparta de la consideración fundamental de Marx de que el fin de la producción capitalista es la producción de capital, la obtención de ganancias. Mientras que para el segundo es la producción por la producción- en su tinglado ideológico. El primero apunta al corazón del sistema capitalista y concluye en la necesidad de su destrucción. El segundo apunta a aspectos secundarios- falseando, encubriendo la realidad, y concluye en medidas que permitan reflotarlo, salvarlo- como la manipulación monetaria vía gastos fiscales, tasas de interés, créditos, etc.

En relación con esto, hay otro punto importante que podemos aquí señalar. En condiciones de conservación de la propiedad privada, resulta indiferente que la distribución de la plusvalía sea manipulada por el Estado. La intervención estatal no modifica la explotación, la extracción y apropiación de plusvalía, sólo la redistribuye amortiguando sus efectos más perniciosos, tanto a nivel social como intercapitalista. Para que las empresas capitalista produzcan, para impulsar el proceso de acumulación capitalista, deben aumentar su tasa de ganancia, en caso contrario, dejan de producir. Sólo en una sociedad sin propiedad privada, sin estar impulsadas por la “sed de ganancias”, las unidades de producción producen para producir, no para obtener ganancias, para acumular capital. En rigor, el keynesianismo sólo es una política pasajera porque erosiona las propias bases del capitalismo sin superarlo. “Mientras que el ‘producto final’ de la producción de capital es un capital aumentado, el ‘producto final’ de una producción protegida por el gobierno no es sino una producción aumentada. El aparato productivo que crea la producción inducida por el gobierno solamente puede funcionar en beneficio del gobierno. Aunque nominalmente está en manos del capital privado, únicamente puede ser usada en forma total si el gobierno lo ordena. Y desde el punto de vista de la empresa privada cualquier producción que el gobierno dirige, en forma de obras públicas, bienestar social o armamentos, cae en la esfera del consumo. De hecho, entonces, la producción patrocinada por el gobierno invierte el proceder usual de la acumulación del capital. En lugar de desarrollar la producción a expensas del consumo, en un proceso en el que el consumo aumenta más lentamente que la acumulación de capital, desarrolla la producción con la ayuda del consumo”.

De este modo, el keynesianismo se concentra en la esfera de la distribución y no en la esfera decisiva de la producción, donde se genera y apropia la plusvalía, evitando de esta manera cuestionar los fundamentos del capitalismo. De todos modos, como vimos, afecta la generación de plusvalía por esta vía, sin darle una solución definitiva al problema, más que acentuando las características inherentes del capitalismo al afectar la generación y apropiación de plusvalía para los capitalistas individuales y de esta forma al capitalismo en su conjunto. El llamado neoliberalismo intentó responder a esto con una ofensiva fenomenal sobre los trabajadores para aumentar la extracción de plusvalía. Los costos sociales fueron tan gigantescos, azuzando la lucha de clases y agudizando las insalvables contradicciones internas del capitalismo, que hoy nuevamente el keynesianismo reemerge en un neokeynesianismo.

3- Hugo Fazio y el keynesianismo

En el apartado anterior se han descrito algunos aspectos de la teoría de Keynes en oposición al marxismo, sin pretender agotar al keynesianismo ni al marxismo en esos puntos, pero buscando caracterizar su significado y algunos aspectos teóricos principales. La actual crisis capitalista ha hecho reemerger el keynesianismo como opción válida al llamado neoliberalismo. Hemos intentado mostrar que es una teoría burguesa que buscaba, mediante la reforma del capitalismo, salvarlo, y que, en sus fundamentos teóricos, es inconciliable con el marxismo, para intentar concluir que el proletariado contemporáneo debe evitar elegir entre dos opciones

capitalistas, la keynesiana o la llamada neoliberal, construyendo también en el terreno teórico su propia teoría independiente para la supresión y superación del capitalismo.

Hugo Fazio no realiza ninguna definición de sus fundamentos teóricos. Sin embargo, en sus trabajos hace referencia a keynesianos, y sus propuestas de solución al problema, se inscriben en ese marco, aún siendo miembro de un partido, como el PC, que se declara marxista. “... por un tiempo- escribió el profesor del Instituto Tecnológico de Massachussets, Paul Krugmann (Fortune 8/9/98)-, diversas ideas antikeynesianas- desde las demostraciones académicas comprobadas matemáticamente de que las recesiones no pueden ocurrir (o si acaso ocurren, se deben a que la gente elige racionalmente disfrutar más del ocio) hasta las doctrinas excéntricas como la economía del lado de la oferta- parecían haber dejado a Keynes en el olvido. Pero echemos un vistazo a lo que ocurre en Japón (una economía que sufre de una falta de demanda, no de oferta, y en donde el peligro es la deflación, no la inflación) y dígame si las ideas keynesianas ya no son relevantes. ¿Por qué entonces Keynes- se pregunta Krugmann- no ha obtenido un mayor reconocimiento? No quiero decir que Keynes tuviera razón en todo lo que decía. Pero la verdadera esencia de la gran idea de Keynes- una economía puede fracasar si los consumidores y los inversionistas gastan muy poco, y la búsqueda del dinero justo y de un presupuesto equilibrado es a veces (¡no siempre!) insensata- se evidencia en el mundo de hoy como en el de los años '30. En estos días ignoramos o rechazamos esta idea poniendo en riesgo la economía mundial’ ”.

Frente a estos males, pone como ejemplos de soluciones a la crisis actual, la necesidad de un Estado activo, que industrialice, que regule los movimientos de capitales, que impulse el crecimiento del mercado interno- del consumo, defiende el impuesto Tobbin. Permite hacer creer que puede existir un capitalismo más humano, más justo, más democrático, en vez de armar teóricamente en la necesidad de la lucha contra el capitalismo, por su destrucción, por el socialismo.

Creemos que esta es la tarea de los intelectuales y los partidos marxistas.

Los intentos de conciliar el marxismo con teorías burguesas, le quitan filo revolucionario a la teoría marxista y a la lucha contra el capitalismo. Por el contrario, con Lenin, creemos que la teoría marxista, debe ser “una guía para la acción revolucionaria”. Y que la construcción de una organización revolucionaria, así lo exige. “Sin teoría revolucionaria, no puede haber tampoco movimiento revolucionario” (Lenin).



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

